

Santa Misa por la Paz y el Desarrollo Social en Cuba
Iglesia de San Ignacio de Loyola
Roma, 15 de mayo de 2026
Card. Michael Czerny S.J.

Hch 18, 9-18; Sal. 46, 2-3. 4-5, 6-7; Jn 16, 20-23.

Hemos escuchado la Palabra de Dios que la liturgia nos ofrece en este viernes de la sexta semana de Pascua. Una Palabra atravesada por la perseverancia y la esperanza. En el pasaje de los Hechos de los Apóstoles vemos a Pablo cansado, probado, expuesto a la incomprensión y al rechazo. Y, sin embargo, el Señor le dice: “No tengas miedo; sigue hablando y no calles”. Es una palabra que sostiene el corazón del creyente en los tiempos difíciles de la historia. Una palabra que custodia la confianza cuando todo parece frágil y precario.

En el Evangelio según San Juan hemos escuchado otra imagen intensa: la de la mujer que sufre los dolores del parto y que luego, con el nacimiento del niño, experimenta una alegría nueva, capaz de transfigurar el dolor vivido. Jesús habla así a sus discípulos para prepararlos para el tiempo de la prueba, enseñándoles que el sufrimiento de la historia no es ajeno a la obra de Dios y que todo auténtico camino humano hacia la paz y la justicia requiere paciencia, discernimiento y valentía espiritual.

Queridos hermanos y hermanas, estimados representantes institucionales, señores Embajadores y autoridades aquí presentes, esta tarde llevamos ante el altar del Señor los sufrimientos, las esperanzas y las expectativas del pueblo cubano. Lo hacemos con respeto, con sinceridad y con un profundo afecto por una tierra que custodia una historia rica en dignidad, cultura, sacrificio, fe y resiliencia.

La Doctrina Social de la Iglesia nos recuerda con claridad que la paz auténtica se fundamenta en pilares morales y espirituales antes incluso que políticos o económicos. San Juan XXIII, en la *Pacem in Terris*, indicaba en la verdad, la justicia, la libertad y el amor las condiciones indispensables para una convivencia humana digna del hombre. Son palabras que conservan una fuerza extraordinaria también en nuestro tiempo.

La justicia exige una atención concreta hacia quienes más sufren.

La libertad reclama espacios reales de participación, escucha y responsabilidad compartida.

La verdad se convierte en un estilo de diálogo sincero, capaz de superar la propaganda, las rigideces y las desconfianzas recíprocas.

El amor abre el camino a la solidaridad y al compartir de los bienes materiales, culturales y espirituales entre los pueblos.

En esta perspectiva, toda lógica de confrontación permanente corre el riesgo de agravar el peso que ya recae sobre las personas comunes, especialmente sobre los más pobres, los ancianos, los enfermos y los niños. El Papa León XIV, en sus recientes llamados a la comunidad internacional, ha recordado que ningún orden estable puede nacer de la fuerza de las armas ni de la presión que humilla a los pueblos; el desarrollo humano crece, en cambio, a través del diálogo, del derecho internacional, de la cooperación entre las naciones y de la protección de la dignidad de todo ser humano. En el mismo espíritu, las ayudas humanitarias deberían llegar en cantidad suficiente y sin obstáculos, sin ser nunca instrumentalizada con fines políticos o geopolíticos.

También el Papa Francisco, durante su viaje apostólico a Cuba en 2015, en la histórica homilía celebrada en la Plaza de la Revolución, invitó con fuerza a colocar a la persona concreta en el centro de la vida social y política, especialmente a la persona frágil, a la persona herida, a la persona pobre. Afirmó que el servicio “nunca es ideológico”, porque nace de la atención real hacia el rostro del otro: “no sirve a ideas, sino a personas”. Esas palabras conservan hoy una gran actualidad.

Resuena todavía con intensidad profética el llamado de San Juan Pablo II: “Que el mundo se abra a Cuba y Cuba se abra al mundo”. No era un *eslogan* político. Era una invitación espiritual y humana a derribar muros de incompreensión, a abrir espacios de confianza recíproca y a permitir que los pueblos se encuentren sin miedo.

Esta tarde estamos aquí, sobre todo, para rezar. Dentro de poco, la Eucaristía hará presente el sacrificio pascual de Cristo, el Señor crucificado y resucitado que lleva en sí el dolor de los pueblos y las heridas de la historia. Ante Él encomendamos a las familias cubanas, a los jóvenes que buscan esperanza, a quienes gobiernan, a quienes sufren y a quienes esperan días más serenos.

El Evangelio nos entrega una promesa: “Su tristeza se convertirá en alegría”. No es una promesa ingenua. Es la certeza cristiana de que Dios sigue actuando dentro de la historia humana incluso cuando predominan la oscuridad y el desconcierto. El Espíritu Santo sigue suscitando hombres y mujeres capaces de construir fraternidad, reconciliación y caminos de paz.

Recemos para que la amada tierra cubana pueda conocer días de mayor serenidad, de auténtico desarrollo humano y social, de concordia y de esperanza. Oremos para que toda decisión política, económica e internacional esté iluminada por la sabiduría, la prudencia y una sincera búsqueda del bien de las personas. Roguemos al Señor para que convierta el corazón de los hombres a la fraternidad universal.

Y pidamos a Virgen de la Caridad del Cobre, tan amada por el pueblo cubano, que acompañe con su maternal protección el camino de esta nación y custodie en la paz a todos sus hijos.